

nismos de reproducción. Alfredo Cock, que lo mismo arremete un problema internacional que rompe la baraúnda financiera. Nicolás Vélez, caballerescamente agresivo, magnánimo, que vive en los códigos como en su propia casa, que los acomete con una propensión y un desenfado que sugieren haber sido autor de alguna maniobra civil. Julio E. Botero, cuyas enseñanzas mercantiles dan hasta la salud al cuerpo... Francisco E. Tobar, que es todo generosidad de corazón. Por allí han campeado también Juan E. Martínez y Alejandro Botero Uribe, para cuyos nombres es mengua todo lo que no sea escrito en el grávido lenguaje en que Rolland habló de los varones ejemplares.

Clodomiro Ramírez es profesor—ya hace veinticinco años que lo es—en aquella Escuela a quien tanto tenemos qué amar. Tocónos en suerte—mala suerte para quien no tenga escrita la fatal divisa de cocer el pan bajo la piedad aleatoria del cielo azul—la dura de oír la clase de Derecho Civil a las seis de la mañana. Aquella impiedad de la hora no tuvo sino una mitigación—y que mitigación, señor!—: El profesor era Ramírez. Quien despertaba a las cinco de la mañana y recordaba que Clodomiro era el expositor, tenía qué incorporarse.

Se entraba bajo la mirada torva de Juan de Dios—entonces la Escuela era en el edificio de la Universidad—y cada uno lucía su cara de inexperiencia y esa cosa primaveral que infunde la mañana.

Se llegaba al salón de clases y ya Ramírez explicaba la teoría de las obligaciones, las modalidades que la mente de los juristos ingeniara, los secretos de la práctica que enseña que el código es una cosa que vive y casi que siente. Iba desenvolviéndose la explicación bajo la fuerza de aquella frase que jamás se rinde ante los vocablos, que se abre como un decir clásico con la elegancia ranciosa y fraternal de los que conocen el idioma, con una ironía tan buena y tan llena y, a las veces, con una mala intención que arrancaba dolidamente de la misma dulzura de su corazón. De repente se interrumpía a sí mismo y se planteaba un grave caso. ¿Qué hacer? Y el profesor, con ese aire de señor intelectual que pone en todo lo suyo, daba una solución tan inmediata, tan certera, que parecía que aquello no era un problema.

Y aquella alma tan enhiesta, aquel carácter que es una imperterrita línea de bronce. No debe haber tenido jamás la ocurrencia de preguntarse cómo será que los hombres claudican, porque para él es esa una postura que no tiene razón de ser. Como el preocupado occidental nunca se pregunta cómo se las arreglan los misteriosos hombres del Bósforo—tocados de blanco para afrontarlo todo sin inquietarse, Clodomiro nunca ha pensado, no se ha preguntado cómo se claudica.

Para hablar de su alma transparente que tiene la misma manera de presentarse toda y darse que tienen las aguas claras

que por ocultos cauces van a las arrebuajadas casitas de los labradores, hay que ser bueno un momento, el momento en que se habla. De aquella misma manera que dicen los místicos que para tocar con la esencia divina en tratados es necesario ser santo, para hablar de los hombres buenos hay qué transformarse. Clodomiro Ramírez, como don Quijote decía de San Martín, no da la capa entera al mendigo porque hay invierno. Pero es posible que sufra la racha con la sola capa de su bondad. De su esencia es la dádiva. En su naturaleza hay un tejido de células místicas que denuncian a cada paso el hombre hecho para cooperar. Es el tercerista para todos los desgraciados. De él, como de aquella alma floral y beata de Max Elshamp dijo Jammes, se dijera que de haber sido mujer habría sido hermana de la caridad.

Como sucede muy raras veces, hay en Ramírez una dualidad casi inexplicable: es un gran abogado, un abogado del estado mayor, y un poeta. Dentro de su espíritu tienen igual cabida la concepción del derecho y la de la belleza. Es uno de los ejemplares más definidos que una raza fuerte puede dar. Y toda aquella valía la guarda él dentro de una capa de sencillez filosófica, como bajo la humosa capa negra de la tierra va el hilo rutilante del oro.

Por ese corazón; por ese cerebro; por esa alma, todos los homenajes merece. Y sobre todo por esa intrepidez invicta que nunca ha conocido las situaciones embarazosas que para muchos crea la necesidad de decir una verdad.

Para él el gajo preclaro del laurel por el que corre todavía húmedo y vivaz el jugo de la tierra.

Alfonso Cadavid Uribe

CLODOMIRO RAMIREZ

La Vida del doctor Clodomiro Ramírez es fecunda en méritos.

Hablar de ella, sin descubrirse, es profanar su nombre glorioso. Sería fácil llenar las páginas de un libro voluminoso a quien quisiera emprender la tarea de analizar su obra.

Al que escribe estas líneas le agradaría ocuparse en tarea tan honrosa como es la de referirse al Maestro que fue su profesor y hoy le honra con su amistad. Pero el elogio cuando viene del menos autorizado para ello, deslustra y empaña la gloria que brilla con luz propia..

Al escribir este brote espontáneo sería vana presunción pretender ensalzar al doctor Clodomiro, porque bien sé que su solo nombre es una consagración y que la historia de nuestra Patria le hará justicia colocándolo entre sus hijos preclaros.

El bronce eternizará su memoria para que las generaciones venideras lo contemplen como un ejemplo.

Quiero tomar parte en la fiesta que la Universidad de Antioquia celebra con motivo de cumplir 25 años de enseñanza sabia y silenciosa sin hacer alarde de sus triunfos.

Al hablar de sus méritos seguramente hiero su modestia, porque él la posee en grado máximo. Pero callar cuando el corazón lleno de reconocimiento lo exige, es ir contra los sentimientos naturales.

Antes de referirme a su persona, quiero hacer notar una rara coincidencia del destino.

Ahora, cuando se cumplen veinticinco años de continuo batallar como profesor en la Escuela de Derecho, 25 años que son otras tantas jornadas gloriosas y dignas de ser coronadas con laureles, motivo éste para sentirse orgulloso, y por lo tanto, para sentir un momento de placer al recibir la medalla del mérito, el dolor estruja fuertemente su corazón al recibir el golpe despiadado de la muerte de su grande y meritorio padre. Parece que el dolor hiciera celadas al placer para sorprenderlo cuando quiera aligerar la jornada de la vida. Es que el dolor es una herencia fatal.

El doctor Clodomiro Ramírez posee la escasa virtud del amigo noble. Nobleza que está sustentada por los sentimientos de pureza diamantina. La generosidad reposa en la ductilidad de su corazón. Su sencillez es única. Estrecha la mano lo mismo al ganapán que al rasgaseda. Parece que esa sencillez hermosa naciera de su espíritu altamente caritativo y democrático. A todos los reconoce méritos y respeta las opiniones; su prudencia para opinar nace del concepto que tiene de la sabiduría. Acierta en sus conceptos con precisión matemática y sin embargo no deja válvulas de escape como para ocultar su acierto en los difíciles problemas jurídicos. A veces se da por vencido para estimular al discípulo. No confunde al que descubre una verdad, sino que lo enaltece. Estas condiciones no son propias de profesores comunes, sino que están reservadas a la grandeza y al verdadero mérito. Es que esto no siempre abunda; se adquiere con el verdadero talento.

La despreocupación aparente del doctor Clodomiro Ramírez en su porte exterior, nace de la obsesión por lo grande. No se detiene su espíritu en las pequeñeces de la materia, sino que se eleva con vuelo águila a las regiones de la verdad inmutable. La verdad y el bien solo le preocupan. Aquella como objeto de su entendimiento altamente comprensivo. Este como objeto de su voluntad profundamente educada. La verdad y el bien son el blanco donde tiene puestas sus miradas.

Escritor. Su estilo es sencillo a la par que profundo y solemne. Leyendo "La Agonía del Coloso" cree uno que es un poeta quien escribe esas páginas saturadas de un sentimiento conmove-

dor. José Martí o Rodó las prohijarían con orgullo y con honor. Hay párrafos en que siente uno la tormenta. Parece hallarse uno en medio de truenos y relámpagos.

Filósofo. El doctor Clodomiro Ramírez es la síntesis más pura del verdadero filósofo. Vive en continua comunicación con la verdad. Las supremas causas de las cosas, objeto formal de la filosofía, son para él un faro luminoso de donde proyecta el entendimiento su mirada intensa y conquistadora. La preocupación del *yo exterior*, le tiene sin cuidado; sabe que la verdadera grandeza radica en la base triangular del talento, el carácter y la virtud. Cualidades propias del espíritu y no de la materia.

Modestia y bondad. Virtudes que las posee en grado máximo. Son el distintivo del sabio y del que tiene verdaderos méritos intrínsecos. Tampoco tiene rencores porque sus sentimientos son altamente generosos y su entendimiento esencialmente comprensivo. En resumen es un varón cargado de méritos que merece la corona de los triunfadores.

Medellín, noviembre 16 de 1929.

Clímaco Gómez G.

HERMOSISIMA Y GENTIL RESPUESTA QUE DIO EL DR. RAMIREZ AL CENTRO JURIDICO

Medellín, noviembre 19 de 1929

Señores miembros del Centro Jurídico de la Universidad de Antioquia.—Presentes:

Por conducto del señor Secretario de esa distinguida corporación, he tenido la honra de recibir dos proposiciones aprobadas por unanimidad en la sesión extraordinaria del 14 de los corrientes:

La primera por la cual el Centro rinde un homenaje de reconocimiento y admiración a la memoria de mi padre don Heliodoro Ramírez A. y la segunda para asociarse a la conmemoración con que el Consejo de la Universidad de Antioquia ha resuelto celebrar los veinticinco años de profesorado que he desempeñado en la facultad de derecho de la citada Universidad.

No encuentro palabras suficientemente expresivas para significar al Centro Jurídico el sentimiento de gratitud que en mí han producido esas dos resoluciones que me agobian y que son hijas de la nobleza de las almas que las han aprobado.

Siento ahora la profunda emoción de aquel humilde labrador que en las horas de la tarde cayó de rodillas sobre el surco húmedo de sudor, cuando vio germinar la semilla que devotamente ha-